

COMO Y PARA QUE SE RETRATABAN HACE  $\frac{1}{2}$  SIGLO, NOVIOS, RECIEN CASADOS, DONJUANES Y HASTA MUERTECITOS.

Si la fotografía ha progresado extraordinariamente como arte, en cambio ha perdido casi por completo el alto valor costumbrista que antaño poseía. Me refiero, desde luego, a la fotografía personal, a los retratos, individuales o colectivos, de hombres, mujeres y niños, de grupos familiares o de amigos, de parejas de novios o recién casados, que sacados por fotógrafos con galería, eran exhibidas a la puerta del establecimiento en forma de elocuentísimo anuncio ponderativo de la calidad de los trabajos que ejecutaba el artista fotógrafo.

Elevada hoy la fotografía al rango de una más entre las bellas artes, ha desaparecido de ella lo anecdótico, lo novelesco, lo tragi-cómico, lo que tenía de documento humano, reflejo del carácter del retratado y de las costumbres de su época.

La cabeza y el medio busto han destronado al cuerpo entero, y cuando éste se conserva en nuestros días, como el fotógrafo busca, por sobre todo, la obra de arte, le dá al retrato, no el ~~estilo~~ estilo de instantanea que aún las fotos de galería ostentaban antes, sino ese estatismo solemne y ceremonioso reservado ayer para las producciones de ~~XIX~~ pintores y dibujantes, *summa para los fotos.*

Hoy, solo de tarde en tarde, encontramos en los retratos ese afán de exhibicionismo que antiguamente tenían los retratados, de *ese*

*per-*

*zona*

trasmitir a sus parientes y amigos, además de una imagen de su ~~su~~ *per-*  
~~el~~ *zona* estado de ánimo en que se hallaban, la posición social que  
ocupaban, sus sentimientos y sus pasiones, y hasta la indumentaria  
y las prendas que habían podido <sup>d</sup> adquirir recientemente. Los mismos  
grupos familiares - el padre, la madre y los hijos - hechos para  
obsequiar en días de santos al abuelo o a la abuela residentes en  
~~la~~ *Sejama* población de la Isla o en la Península, que en otros tiempos  
aparecían adornados con la sonrisa de ~~este~~ *los muchachos*, la  
actitud airosa o grave del jefe de la ~~XXXXX~~ familia, o el brazo  
cariñosamente extendido de la esposa sobre el hombro del esposo...  
en nuestros días se limitan a simples reproducciones de caras y  
cuerpos, sin vida ni movimiento alguno, inexpressivos, ~~XXXXXXXXXXXX~~  
inanimados.

Tal vez los únicos que todavía suelen ponerse en movida y pinto-  
resca pose, son los recién casados, ya por impulso propio e incon-  
tenible, producto de la pasión refrenada y los deseos insatisfechos,  
o deseosos de demostrar que "se quieren con delirio," aunque en el fon-  
do se trate de un matrimonio de conveniencia.

Estas fotografías de novios en traje de boda, sacada pocos mo-  
mentos después de la ceremonia nupcial, constituyen uno de los do-  
cumentos más típicamente característicos del arte fotográfico de  
ayer. Era imprescindible que ella se apoyase cariñosamente en el  
brazo de él, y que él adoptase el aire de protección, responsabili-  
dad y señorío, correspondientes al marido, según los cánones reli-  
giosos transcritos en la popularísima Epístola de San Pablo. Otras  
veces, él aparecía sentado y ella de pie, mirándose ~~los~~ *ambos* con  
inefable arrobamiento. En ocasiones, los dos se hallaban sentados,  
entrelazadas las manos y <sup>d</sup>comiéndose con la vista en una de esas mi-

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

radas por las que el poeta daba "un mundo." Y en todo los casos/<sup>a</sup> estas fotografías de novios, recién matrimonizados, podía ponérseles como pie, el siguiente: "en el día más feliz de su vida".

Recuerdo haber visto la foto de unos novios, <sup>de hace 60 años</sup> recién comprometidos, él, soldado, y ella sirvienta, que quería participar a sus respectivos familiares en esta forma gráfica, la buena nueva de que se habían "puestos de novios". El muy alto, muy tieso y con el uniforme acabado de planchar; ella, pequeñita, con su traje de los domingos. Entre ambos, una palmera, para darle al retrato un ambiente encantador de idilio amoroso. Ambos entrelazan sus manos por encima de la palmera, y, como es natural, entrelazan, también tiernamente sus miradas. ¡Calculen ustedes la inefable impresión que recibirían los familiares de esta pareja cuando contemplaron <sup>ese</sup> idilio fotográfico!

Tan generalizada estaba la costumbre de retratarse después de la boda, que no se concebía boda sin retrato, llegando a ser éste una parte no despreciable de la propia ceremonia nupcial, al extremo que, novios que no se retratasen, podía decirse que no estaban completamente casados. Además, el retrato equivalía al documento justificativo del matrimonio. ¿De qué otro modo que enviando a sus parientes y amigos la fotografía de la pareja en traje de novios, ~~podían~~ <sup>podían</sup> probar o justificar ante ellos, el matrimonio? Y tan es así que algunos fotógrafos antiguos se anunciaban como "especialistas en bodas". En un reportaje dedicado a este asunto, hace años, por una periodista española - Luisa Carnés - se citan estos versos que tenía puestos en un cartelito a la entrada de su galería cierto fotógrafo especializado en matrimonios:

Que soy el primero en bodas  
 todos lo dicen.  
 Si os retratáis en casa  
 seréis felices,  
 pues por tres pesetas  
 hago una ampliación,  
 y por dos reales más  
 la pago en un cartón.

La fotografía de los novios formaba parte de las diversiones típicas de la boda, pues aquellos no concurrían solos a la galería, sino acompañados de los <sup>padrinos, testigos,</sup> ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ familiares y demás concurrentes, y todos intervenían en la colocación de los novios ante el fotógrafo, arreglando las mujeres el traje de la novia y los hombres el del novio e indicándoles los gestos y posiciones que debían adoptar, sin que faltaran las bromas de los graciosos, <sup>a</sup> ~~XXXXXX~~ veces con grave daño para el bolsillo del fotógrafo que veía inutilizada alguna plancha, ya por haberse movido los retratados, ya por haber cubierto el ~~XXXXX~~ chistoso del día el objetivo con un ~~XXXXXXXX~~ sombrero.

Para que los lectores se convenzan de la trascendencia que tenía en otros tiempos el retrato de los novios con el traje nupcial, les voy a referir la siguiente <sup>propia</sup> anécdota rigurosamente <sup>1)</sup> verídica, que me contaron los <sup>protagonista</sup> de la misma.

Un joven, dedicado a la pintura o escultura, no recuerdo bien, que hacía años se encontraba en París ampliando sus estudios artísticos, contrajo matrimonio con una jovencita que, aunque criolla, tenía un muy marcado y atractivo tipo parisiense. Aunque se casaron en La Habana, <sup>en</sup> ~~xx~~ viaje de novios fueron a <sup>recorrer</sup> ~~XXXXXX~~ varias ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

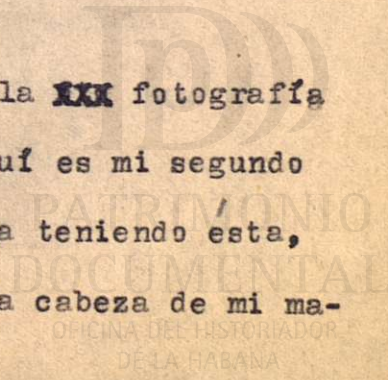
países europeos. Y ya en el viejo mundo, se le ocurrió almovio visi-  
 tar a unos tíos que vivían en ~~una~~ <sup>vista</sup> población española no muy cercana  
 a los grandes centros urbanos, ~~de la Península~~, gente chapada a la  
 antigua que no tenía noticia del reciente matrimonio del sobrino,  
 conociendo únicamente que estaba <sup>s</sup> estudiando en París. Cuando el joven  
 de nuestro ~~relato~~ <sup>relato</sup> esperaba ser recibido, en unión de su esposa, con  
 los brazos abiertos, halló, por el contrario, una ~~XXX~~ frialdad ra-  
 yana casi en lo hostil y despreciativo. Inquirida por el sobrino  
 esa actitud de sus tíos, éstos le confesaron que no creían en ese  
 //cuento// del matrimonio, reprochándole ~~que~~ hubiese tenido el atrevi-  
 miento de pretender pasarles por esposa a una de esas francesitas  
 que le servía de modelo en sus trabajos artísticos.

¿Saben ustedes cómo pudo resolver tan embarazosa situación ~~XX~~  
 el novio protagonista de esta ~~historia~~ <sup>historia</sup>? Pues enseñándoles a los rí-  
 gidos tíos el retrato matrimonial que, por casualidad, llevaban en la  
 maleta, precisamente para dedicárselo a aquéllos. Y gracias a éste  
 retrato de boda creyeron los tíos que su sobrino estaba "casado como  
 Dios manda".

La ya citada periodista Luisa Carnés, refiere esta otra, no me-  
 nos chistosa anécdota, ocurrida a un fotógrafo especialista en bo-  
 das:

"Una señora llega <sup>al</sup> estudio de <sup>un</sup> fotógrafo. La acompaña un hom-  
 bre barbudo.

- Mire usted - le dice al artista -, ésta es la ~~XXX~~ fotografía  
 del día de mi primera boda. Este que ve usted aquí es mi segundo  
 marido. ¿Para qué me voy a hacer una foto de boda teniendo esta,  
 que estoy más joven y más guapa? Retrata usted la cabeza de mi ma-



rido y la pone encima de la del difunto, y ya está.

A las pocas horas, al lado de <sup>la</sup> cara de una novia adolescente, aparecía la de un viejo barbudo".

No men<sup>os</sup> apuros que los fotógrafos "especialistas en bodas, sufrían los especialistas en niños, y, no, por cierto, a consecuencia de las malacrianzas de los chiquillos, sino de manera especial por los antojos de los padres, empeñados en que ~~XX~~ sus hijos se retratasen en las posiciones y actitudes más incómodas y en abierta contradicción con la inquietud propia de <sup>su edad.</sup> ~~pequeños.~~ Así, pretendían que riesen, o mirasen a determinado lado, o colocasen brazos o piernas en tal o cual postura, según habían visto en el retrato del hijo de Fulano o de Mengano. Y en todo este ajetreo el fotógrafo perdía las horas y la paciencia, y en ocasiones, las planchas y el dinero, pues para la mayoría de los padres, sus hijos nunca quedaban en el retrato "tan lindos como eran", o mejor dicho, como ellos lo veían, aunque en realidad fueran unas garrapaticas disfrazadas de seres humanos.

No puedo dejar de citar esos fantásticos retratos que todavía se encuentran en los viejos álbumes de nuestras abuelas, en que los niños recién nacidos, o de pocos meses ~~X~~ - a lo mejor, tú lector o lectora, o yo - aparecían encueritos, extendidos boca arriba o boca abajo sobre una alfombra, o sacando la cabeza de una palangana; preciosas joyas esas para ser exhibidas en las revistas ilustradas de hoy como homenaje tributado a la respetable ~~XXX~~ dama ~~X~~ o al ilustre caballero Z... *el día de su santo.*

Otros niños se veían agobiados, a la hora de retratarse, por la copiosa indumentaria nuevecita con que los adornaban para <sup>ese</sup> ~~XXX~~ acto tan solemne, sus padres. Y ni siquiera los infelices ~~XXXX~~ <sup>de difuntos.</sup>

se escapaban de un retrato antes de partir para el viaje definitivo. Así, más de una vez he visto retratos de cuerpo entero de señores ~~ya cadáveres~~ *ya cadáveres vestidos y fijos,* a los que sus parientes habían vestido, acicalado y sentado en un sillón, o ~~de~~ *de* niño de tiernos años ~~que,~~ *retratados,* después de muertos, ~~la madre había querido retratarse con él, sentado en sus piernas.~~ *en brazos de la madre.*

Para quitarles a ustedes - lectoras benévolas - la macabra impresión de estos retratos post mortem, voy a terminar ~~este~~ *el presente* artículo ~~con~~ *refiriéndoles* dos anécdotas fotográficas.

Un señor se presenta a recoger ~~su~~ *su* cierta galería el grupo que con su esposa e hijos se había sacado. El fotógrafo le enseña los retratos. Los encuentra bien. El parecido es excelente; pero ello no obstante, pide rebaja en el precio convenido. ¿Motivos? Pensándolo ~~mejor,~~ *mejor,* creía justa la rebaja solicitada, no sólo por tratarse de un grupo, y ser costumbre comercial que se cobrase menos cuando se compraban varias mercancías, ~~además~~ *además* porque había observado que de las dos cámaras que el fotógrafo tenía en su galería, había usado no la cámara grande, de fuelle enorme y montada sobre ruedas, sino otra cámara mucho más pequeña y sostenida solo, por un simple tripode de hierro.

Una señora, ya bien entrada en años, cubiertos los dedos de sortijas, con grandes aretes de brillantes en las orejas y un alfiler de piedras preciosas en el pecho, fué a ~~XXX~~ visitar a un fotógrafo para que le hiciese una ampliación, lo más grande posible, del retrato de su marido, difunto hacía bastante años. Cuando el marido falleció, era sargento, y de sargento vestía en la ~~XXXX~~ foto en cuestión. Hasta ahora no hay nada de particular en la pretensión de la ajamonada y adinerada señora. El fotógrafo asintió, so-

lícito, a las demandas de la rica cliente. Pero, cuando ya aquél iba a darle el precio a ésta, la respetable dama le advirtió:

- Como usted ve, mi marido, no era más que sargento cuando murió. Pero, ~~como~~ han pasado ya de esto más de 30 años, <sup>y</sup> yo quiero que usted le ponga en la ampliación algunos grados más, aquellos que, seguramente tendría hoy, de no haber fallecido, y me lo haga, general. ~~Señora -~~ <sup>el fotógrafo - ¿ como puede</sup> ~~El Sargento~~ le objetó ~~que no podía~~ ser general un joven con cara de ~~un~~ <sup>que</sup> niño, como la ~~señora~~ <sup>que</sup> aparece en el retrato, ~~que siempre ella se empeña~~ <sup>ya que usted</sup> en ascender a su difunto esposo, ~~al menos,~~ ~~se~~ conformase con dejarlo de comandante o teniente coronel.

- De ninguna manera - replicó la exigente viuda. - Póngalo usted de general, o no me hace la ampliación; y cóbreme lo que quiera; Soy rica y puedo pagar el ascenso más alto, sin que me importe el precio.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA